

ODRADEK

Domicilio Desconocido

Año I - Noviembre 2006 - Número 3
Muestra gratis

www.geocities.com/domicilio_desconocido
domicilio_desconocido@yahoo.com.ar

- *Bueno, ¿cómo te llamas?*
- *Odradek- dice él.*
- *¿Y dónde vives?*
- *Domicilio desconocido - dice, y ríe; claro que es la risa de alguien que no tiene pulmones. Suena más o menos como el susurro de las hojas caídas.*
Franz Kafka

Escribir el escribir

Esta columna debería haber hablado de la importancia a la hora de elegir “el” libro del verano, pero a último momento algo me hizo desistir. Tal vez no encontraba el tono o la vuelta al asunto, las ideas se hacían difusas en una cadena de sinsentidos que derivaban en decir nada y pretendían además tener cierto humor... En fin, tras varios intentos que terminaban siempre en frustración, me di cuenta de que no era por ahí la cuestión.

Entonces empecé a pensar en las palabras, en el problema que suponen, en su densidad, en su justeza o su desmesura. Recordé también que este es un tema que de alguna manera se ha vuelto recurrente en el espacio de estas páginas, bajo todas las formas posibles de enunciarlo. Ha habido columnas dedicadas a la cuestión del decir, en cierta forma porque decir es hacer algo con eso dicho, porque deja huella, porque es “marca”. Acaso aquí resida la respuesta a mi parálisis literaria.

*Me pregunto, entonces,
por qué no plantearme la
escritura de un texto incorrecto:
dejar que las palabras
aparezcan y hagan lo que
les venga en gana.*

No sé por qué ahora pienso en Roberto Arlt. Algo del des-orden de su escritura me ilumina en este devaneo reflexivo y por eso creo que vale la pena traerlo a cuento. Arlt era un tipo -por decirlo de una manera llana- un tanto “bestia”. Sus textos exhiben de manera descarnada una escritura sin maquillaje, tejida en la inminencia del instante que se esfuma, presa de la velocidad característica de la vida de una ciudad tan bestial como quienes la habitan. Sus letras no padecen la mediación de la corrección (no sólo la material, la de las faltas ortográficas, sino -y acaso más importante aún- la corrección en términos “éticos”), sino que se manifiestan en su forma más pura y por eso también más extrema; tienen peso propio, tan grande a veces que pueden aplastarnos. Como alguna vez dijo Piglia, “en Arlt la omnipotencia de la literatura tiene la eficacia de un cross en la mandíbula”.

Me pregunto, entonces, por qué no plantearme la escritura de un texto incorrecto: dejar que las palabras aparezcan y hagan lo que les venga en gana. Que digan sus cosas, que se adueñen del blanco de la hoja, que golpeen si es necesario. De eso se trata ¿no? De pensar en cómo hacer cosas con palabras.

Ah; me permito una última digresión: *Los siete locos* puede ser siempre una buena lectura, para cualquier estación del año.

Vanesa Pafundo

El destino

Si Dios quiere en diciembre voy a cumplir nueve felices años de casado. El 9 de diciembre.

También me puse de novio un 9 de diciembre, tres años antes del casamiento. Desde entonces mi mujer me manda una carta de amor por correo los días 9 de cada mes. Todas en sobres idénticos de color rosa. Conservo cada una de esas cartas en una gaveta del escritorio que mi mujer tiene en casa. Son más de cien. De vez en cuando tomamos alguna al azar y la releemos.

A punto estaba de cumplir cinco años de casado cuando empecé a salir con Claudia, la amiga de mi mujer. Ese asunto duró dos años, acaso un poco más. De a poco se fue enfriando y un mes y medio después de verla por última vez la mataron de un disparo en la puerta de su casa durante un misterioso intento de asalto.

Claudia también me escribía cartas pero me las entregaba en mano.

*La muerte de Claudia conmocionó
profundamente a mi mujer y yo creí
que ella debía tener la posibilidad de
enterarse de todo.*

La muerte de Claudia conmocionó profundamente a mi mujer y yo creí que ella debía tener la posibilidad de enterarse de todo. A su vez me pareció una cobardía agregarle a mi mujer un dolor sobre otro y mancillar el recuerdo de su amiga Claudia.

Decidí cambiar el contenido de algunos de los sobres rosas por las cartas de Claudia y dejar que el destino actuara libremente. Me pareció bien fijar un plazo límite de 2 años, el mismo que había durado el affaire. Y esperé. Ya van dieciséis veces que revisamos cartas viejas y por ahora nunca eligió las de Claudia. Mi mujer toma un sobre por vez, hay once con el contenido cambiado, por lo que en cada elección hay casi una posibilidad en diez de que me descubra. Cuando termina devuelve el sobre a la gaveta, por lo que se renuevan las chances.

El mes que viene se cumplen los dos años de plazo y tal como estaba previsto, volveré a cambiar el contenido de los sobres.

Estoy pensando en juntar las cartas de Claudia y dejarlas por un tiempo, digamos 6 meses, junto con el revólver (con dos balas en el tambor) en algún lugar que no sea inaccesible pero tampoco evidente.

Cumplidos los 6 meses cambiaría el paquete a un lugar más de paso y una de las balas podría ser reemplazada por munición de fogeo.

Si Dios quiere el año que viene voy a cumplir diez felices años de casado. El 9 de diciembre.

Roberto Garriz

El tango de la muerte

Llegamos a Nueva York, una ciudad sucia y fría que me recordaba aquel metro de París donde -en una mañana de otoño- creí que iba a morir al pisar la calle.

Nuestro grupo se trasladó a Chicago. No tenía muy claro cuál era el motivo de nuestro viaje, ni el sentido de ese traslado.

Por la noche, en un teatro abandonado, se nos invitó a ver un ensayo. La mujer que iba a protagonizar el Tango de la Muerte era acompañada por varios hombres. Ella subió al escenario, los hombres se sentaron a fumar en la primera fila.

Nosotros estábamos en la fila diez. La humedad era insoportable, los reflectores tenían algo hiriente. El vaho, la espera.

Cuando la danza empezó, el productor sonrió al grupo. Para simular que estaba ocupado, comencé por anotar algunas cosas. Pero el lápiz se rompió, el productor me alcanzó su lapicera. Esto me obligó a escribir... porque tenía la lapicera del director, no podía dejar de escribir.

Cuando miré el escenario estaban en la parte más complicada, la mujer era sostenida por dos bailarines (uno por atrás, otro por delante), que la levantaban con sus vergas artificiales, mientras ella la cabeza hacia atrás, los brazos levantados- cantaba el tango de la muerte. Es inútil que trate de recordar la última estrofa, además no terminó de cantarla, murió en el medio de la palabra que los demás completamos en silencio.

La muerte de esta chica no trajo problemas: fui a verla, pálida, en el ataúd. Creo que se trataba de una mejicana. Al día siguiente estaba en Buenos Aires.

La nota que escribí era sobre mi tío que había bailado el tango de la muerte. Se trataba de una vieja película argentina. El tío fue actor. En esa

época el cine era patriótico, se filmaban las batallas, la vida de Sarmiento y de Facundo Quiroga. Después el cine, como todo lo demás, se volvió tonto. El tango de la muerte era una historia verídica, como millones de historias verídicas que no fueron filmadas, porque si tratásemos de filmar todo lo verídico no habría tiempo para ir al cine.

En el Tango de la Muerte lo mejor era el título, también era valioso el empeño que cada uno puso en su trabajo. Hecha a pulmón, los fuelles prestados, las cámaras de madera, los fogonazos, lo demás. Muchos actores trabajaban gratis.

Mi tío era bailarín de carrera. Había pasado años bailando por distintos países de este continente. Llegó a EE.UU., pero ya Gardel había arrasado, se tuvo que volver. Estuvo una vez con Gardel que, según versión, no le dio bola porque estaba rodeado de mujeres que hablaban inglés. ¡Cuándo se triunfa en un país como EE.UU.! Algo así. Cuando el tío le recordó a Gardel que había bailado en el tango de la muerte, Gardel sonriente le habló del tango de la vida, y de lo mucho que se acordaba de los ausentes. Incluso llegó a confesarle que los ausentes lo llenaban de ternura, pero apenas los veía se ponía en guardia.

Uno triunfa -parece que dijo el inefable- y ya todos te quieren sacar algo... los amigos... las mujeres...

Después de escuchar esa reflexión mi tío volvió a la Patria, se hundió en las sillas de distintos bares y se dio a la bebida. Muchas veces, contando monedas, iba a ver a un cine de barrio El Tango de la Muerte, se veía bailando joven y se ponía a llorar. Y así fue, un día murió en medio de una proyección de esa película, entre el ruido de las butacas y el crujir de los maníes.

Germán García

Sofía y el niño

Sofía es celeste, viejita y árabe.

Sentada en el sillón de tela gris con estampados que alguna vez fueron azules, parece de lo mismo: de tela gris con estampados que alguna vez fueron azules.

Desde la ventana le hace señas al hijo de la vecina para que entre.

El chico tiene unos pocos años y no quiere ir.

La última vez, Sofía prometió presentarle a unas primas de Arabia que cantaban en un programa de radio que transmitían al atardecer.

Esa tarde habían jugado a las cartas como siempre, y mientras oscurecía, se acomodaron para esperar. Él se quedó sentado en una silla de mimbre, sacudiendo una pierna desde la rodilla, interminablemente; ella, perdiendo la vista en el crochet.

A las siete menos cinco, Sofía le hizo un gesto sonriente y lo llevó hacia la radio, una especie de caja de madera que con el girar de una perilla, prendió una luz interna y empezó a sonar.

Sonó una música de voces añiñadas y Sofía le contó:

-Por allí se fue mi marido un día que extrañaba mucho a sus parientes -le señaló un botón luminoso-. El botón no calzaba exactamente con la parte externa del aparato. Si se apoyaba allí el ojo -y el chico lo apoyó- podía verse en el interior de la caja un laberinto de cables y tubos metálicos, y muy, muy adentro, bien al fondo, una

habitación pequeña, pequeñísima, con una luz amarillenta, cálida, de donde surgía una música armoniosa que varias mujeres moldeaban con sus brazos dóciles, tumbándose blandamente sobre sus propios cuerpos dorados envueltos en innumerables transparencias. Un hombre, en el centro, con túnicas blancas, deslizándose, girando como sin rumbo, más por el efecto de sutiles embestidas que por intención propia. Con un gesto de placer solemne, capturado por sus propios sentidos, en una lejanía irreparable.

El niño lo reconoció en la mirada espejada de la anciana: "Zelmar" pensó.

Le miró las manos a Sofía, apoyadas en el brazo del sillón, apretadas por el propio torso inclinado sobre la radio, debajo de lo que sería el busto, amoratadas y blanquecinas. "¡Con las manos extrañaba a su marido y con los ojos bailaba con él...!" Una creciente e insoportable complicidad le corrió por las sienes.

Mientras Sofía empezaba a dormirse, el chico huyó por el fondo hacia su casa.

Ambas casas estaban unidas por un terreno común, mezcla de huerto y jardín, y una verja de hierro con una puerta verde que siempre estaba abierta.

A la mañana siguiente, en esa puerta, aparecieron estas letras, escritas con el filo de un pequeño trozo de vidrio: Q T e S (Qué Tarada esta Sofía).

Nora Martínez

Él se quedó sentado en una silla de mimbre, sacudiendo una pierna desde la rodilla, interminablemente; ella, perdiendo la vista en el crochet.

Preocupaciones de un cabeza de familia

No voy a negar que me emociona pensar en el Ponchi con la escarapela en el pecho, bien peinado, sin mocos y actuando en los actos escolares. Haciendo de San Martín, por ejemplo. Pero últimamente tengo unos sueños bastante raros: lo veo con el guardapolvo sin botones, corriendo sin parar - como Forrest, o como Mister Jones, o como Lola-. Y también lo veo sentado en el fondo de un aula, haciéndole burla a la maestra y deformando las letras de las canciones patrias.

Hace dos o tres meses que la madre del Ponchi y yo estamos buscando un colegio adecuado para él. Empieza la primaria el año que viene y ese asunto nos tiene bastante preocupados. Ya tuvimos entrevistas con los directivos de la mayoría de las escuelas del barrio pero hasta ahora no conseguimos nada. Ya que estoy contándoles esto, paso a resumirles las experiencias que hemos vivido.

En los colegios públicos tuvimos que esperar un buen rato hasta que alguien nos abriera las puertas y después esperar que la directora terminara de desayunar y que alguna de las maestras pudiera localizar a la secretaria y que la secretaria encuentre los papelitos donde tenía anotadas las fechas probable -pero todavía imposibles de confirmar- en que iban a comenzar con las inscripciones.

En los colegios religiosos nos recibieron señoras amables que anotaban cada cosa que decíamos en cuadernos, en libretas, en planillas y nos hacían toda clase de preguntas personales.

Hace dos o tres meses que la madre del Ponchi y yo estamos buscando un colegio adecuado para él. Empieza la primaria el año que viene y ese asunto nos tiene bastante preocupados.

En los colegios privados más tradicionales, la directora trataba de usted a los chicos y nos miraba con horror cuando le contábamos que nuestro hijo es fanático de Marilyn Manson y de Miranda.

En las escuelas progresistas escuchamos durante cuarenta minutos -o más- el detalle de las actividades que realizan los alumnos: inglés, computación, violín, ajedrez, golf, y salimos de esos edificios con gran cantidad de folletos.

En uno de los últimos colegios a los que fuimos, el Instituto Santa Catalina, el Ponchi protagonizó un escándalo. Le dijo a la psicóloga que le estaba haciendo un test, mirándola desafiante y levantando la voz, “no quiero venir a este colegio inmundo”. Y las autoridades del Instituto decidieron no inscribirlo. Antes de tomar esa decisión nos pidieron una semana de tiempo y trataron de averiguar los antecedentes escolares del niño. Llamaron al jardín con la firme intención de interrogar a las maestras, como si estuvieran a punto de inscribir a un pequeño delincuente.

Cuando lo rechazaron comprendí que mi hijo tenía razón: ese colegio era verdaderamente inmundo.

Pensar que falta poco para que el Ponchi empiece primer grado me llena de entusiasmo. Va a ser lindo ir a buscarlo a la salida del colegio. Cargar su mochila, darle un beso en el pelo y caminar de la mano hasta casa hablando de las cosas que más nos gustan.

Ariel Bermani

Un cuento cortísimo sobre una ciudad

Imaginemos una ciudad en la cual estás solo. Imaginemos que está atravesada por un mar.

Soñemos con puertas enormes delicadamente labradas, con una plaza tan vacía como una declaración de amor no solicitada, con un reino habitado por el viento imperturbable.

Ahora piensa en una voz: ni ronca, ni suplicante, ni sonora.

Dice : “Cuando despiertes, estarás muerto”.

¿Imaginas el esfuerzo para no abrir los ojos, para convertir en esperanzas tus deseos, para no oír el canto del gallo, ni el ruido de las faldas de las mujeres rumbo al mercado?

¿Para no percibir la luz de un día glorioso sobre esa plaza, ahora sí, atestada de gente?

Ricardo Gandolfo

Abstract

¿Cómo hablar de los medios si somos hablados por ellos? Esta centralidad en la cultura contemporánea y en la vida cotidiana ha convertido al lenguaje mediático en una pantalla y a la percepción de los sentidos en una incertidumbre filtrada por los medios. La experiencia del mundo real se ha desvalorizado al punto que la obsesión por alcanzar lo “realmente real” explica el éxito de los reality shows y el simulacro documentalista a la Discovery channel. El fenómeno nos vuelve invisibles, materializa a Harry Potter y su camisa de fuerza, pero no lo vemos ni lo sentimos (a Harry ni a la camisa de fuerza); nos encontramos adentro de ese mundo, formamos parte de sus contenidos y de la amenaza de su propia destrucción: la ley de maximización de la ganancia. El libre mercado hundió al mercado de los medios en la peor crisis de su historia. Mientras tanto, no podemos salir, la posmodernidad digital ha hecho de la información un espectáculo en tiempo real: olvidar al instante y saber cada vez menos.

Oswaldo Tcherkaski

Me quiero mudar, ¿y qué?

“Decididamente necesito un cambio y no de color de pelo”. Así habló Dios a los ángeles en el octavo día. Descontento con su obra y en medio de una crisis de identidad, el Todopoderoso decidió mudarse y alterar el estado universal.

Dios estaba en una encrucijada. Por empezar, sabía que no iba a ser sencilla la tarea: ¿cómo cambia de ambiente quien está en todas partes?

-Tu ubicuidad lo hace imposible. Mudarte hacia la nada sólo significaría extender tus infinitos dominios. Más que un cambio, un agregado -analizó un ángel.

-¿No escuchaste hablar de la expansión del universo? -trató de explicar Dios-. Ahora junto todo esto y... -al tiempo que habló así entre sus brazos a la creación entera, la estrujó contra sí, giró sobre su eje infinito y desparramó todo al azar sobre lo que hasta entonces había sido nada.

-¡Pero qué hacés! -intervino el Espíritu Santo-. ¡Se te cayó un elefante!

Efectivamente, un paquidermo flotaba desorientado, los ojos extraviados en medio de galaxias desordenadas y basuritas siderales.

Como sucede en toda mudanza, Dios perdió cosas en el camino y lo que alcanzó a llevarse lo acomodó distinto. Harto del orden cosmogónico anterior, su nuevo y desprolijo universo tenía todo el aspecto de un departamento de soltero. Para el Espíritu Santo -poseedor de la capacidad creadora y conservadora de lo creado- la actitud inconsulta resultó una afrenta.

-¿Podrías acomodar esas estrellas? ¡Desordenaste las Tres Marías! -le dijo furioso.

-¡Válgame yo! ¿Las Tres Marías? ¡Ahora también vas a pedirme que me ocupe de Mirtha Legrand! Hacé lo que quieras

con las chucherías. El Cinturón de Orión me lo llevo para colgarlo en el living -Dios estaba como loco-. Una galaxia por acá, otra por allá y esto... esto... ma'sí, esto lo pongo acá arriba y después lo plancho. ¿Qué tul?

-¿Que “qué tul” me preguntás? Esto es un desastre -replicó el Espíritu Santo.

-A mí me parece divino -dijo Dios mientras disponía el Sistema Solar en orden inverso, ubicando a la Tierra muy lejos del Sol y terminando con toda vida sobre su faz.

-¡Los mataste!- se indignó el Hijo.

-No es así, los freezé un poco nomás. ¿Es que nadie me entiende? Me cansé de tanto rezo, me cansé de las bacterias y los agujeros negros, de las teorías para explicarme, de Stephen Hawking y de Ray Bradbury. Quiero estar solo, tranquilo, en el contrafrente del universo. Quiero un balconcito con plantitas. Eso, quiero silenciosos vegetales. Y un poco de paz. Y tal vez un pez.

Sintiéndose despedidos, los ángeles se agolparon en la entrada de la nueva morada para reclamar por los derechos propios y ajenos. Satanás trató de intermediar y le solicitó al Altísimo que se pusiera media pila.

-No te escucho, no te escucho -le canturreó Dios tapándose los oídos.

-¿Te das cuenta lo que esto significa? -insistió el Anticristo- Me condenás a pelearme con vos para reinstaurar el orden universal.

-Yo tengo razones que la razón no entiende -concluyó Dios, y dicho esto cerró la puerta y acomodó los anillos de Saturno para sintonizar su audición preferida en Venus.

Yanina Bouche

Me cansé de tanto rezo, me cansé de las bacterias y los agujeros negros, de las teorías para explicarme, de Stephen Hawking y de Ray Bradbury.

Homenaje a Luciani

La muerte de Luis Ernesto Luciani fue un duro golpe para quienes, como yo, seguíamos de cerca la carrera del afamado filósofo y ensayista. No podremos leer este fin de año su resumen anual, el maravilloso “Filosofía y pan dulce”. Tampoco tendremos la posibilidad de ver terminado su último libro, un ensayo sobre el papel de los medios en la vida moderna (según me informó personalmente Clara, su viuda, apenas dispone de manuscritos en los que argumenta un poco, aunque no se sabe bien adónde quería llegar, por lo que su publicación post-mortem será imposible).

Cuando conocimos la terrible noticia, los sobrevivientes de aquel viejo grupo que formábamos con Marrachea, Sulfren y otros, volvimos a juntarnos, después de casi diez años en el querido bar “Ubaldo” para realizar una suerte de velatorio de cuerpo ausente.

Una vez reunidos, un segundo golpe nos paralizó cuando, al interrogar a la moza sobre el paradero de Ubaldo, nos informó que éste había muerto dos años atrás.

Aparentemente, nuestros rostros hicieron notar la pena que sentíamos por la noticia, por lo que la moza llamó a una chica que estaba en la caja que se presentó ante nosotros como Carmen, la hija de Ubaldo. Tras el pésame por la muerte de su padre, la charla de cortesía y demás, la chica volvió a la caja. En ese momento notamos que su vida era mucho más interesante que su venir. Cuando comentamos las

cualidades de esta damita, Rumiani me recordó un hecho ocurrido en una charla que Luciani diera en la Universidad Autógena de la Musseta unos años atrás, y que voy a intentar reproducir lo más fielmente posible a modo de homenaje del “Grupo Ubaldo” para Luis Ernesto y también para el querido Ubaldo.

El aula magna estaba llena. Era la primera clase de “Ética y Moral”, materia que Luis dictaba una vez cada dos años. Sube al

estrado de impecable traje violeta casi lila, camisa cremita y corbata al tono. Apoya sus carpetas en el escritorio y se detiene a recorrer con su mirada a los concurrentes. Todos están en silencio. Una chica en la segunda fila tiene un

obligada a abandonar momentáneamente el aula. Luis la sigue con su mirada, más precisamente, la fija en su trasero, como si estuviera en trance. Sacude la cabeza saliendo del trance y comienza a hablar.

“Una vez, yo venía de trabajar, muy cansado y estaba primero en la parada del colectivo, como le decimos en Argentina a los ómnibus. Detrás de mí, una señorita que por su cara se notaba que debía tener un flor de culo. Llega el colectivo y cuando voy a subir, me hago a un lado para dejarla pasar a ella primero y de esta manera verificar si lo que pensaba era correcto. Efectivamente, la chica tiene un culo precioso. Una vez que estamos arriba del colectivo, noto que queda sólo un

asiento libre. Asiento que rápidamente ocupa la chica, por lo que yo debo quedarme parado. En ese momento se me plantea la duda sobre si es correcto o no que la chica use el asiento que a mí me corresponde, teniendo en cuenta el orden de la fila en la parada de ómnibus. ¿Acaso yo al dejarla pasar primero le estaba cediendo ese derecho? Y de ser así, ¿no correspondía que ella me devolviera la gentileza cediéndome el derecho al asiento, así como yo segundos antes le había cedido el lugar en la fila? ¿Qué opinan?”

Eso desató un sinfín de suposiciones, de propuestas, contrapropuestas y discusiones, todas entre los alumnos. Después de un rato de escucharlos sin intervenir, Luis pide la palabra y les dice “¿Saben qué pasa? Que a ustedes, con lo culos feos que tienen las gallegas, jamás les va a suceder esto”. Se da vuelta, agarra una tiza y empieza a escribir la bibliografía que iban a usar en el curso, las fechas de los parciales y demás.

Mariano Quintero